

# DICHOS Y HECHOS DE LAS MUJERES DEL DESIERTO

INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE  
LISA CREMASCHI, MONJA DE BOSE

Traducción de María Jesús García González

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA

2024

A mis madres del desierto,  
madre Inés, de la Pequeña familia de la Anunciación,  
y madre Cristiana, del monasterio trapense  
de Humocaró (Venezuela)

La traducción de esta obra ha sido financiada por el  
SEPS - Segretariato Europeo per le Pubblicazioni Scientifiche



Via Val d'Aposa 7 - 40123 Bologna  
seps@seps.it - www.seps.it

Traducción de María Jesús García González  
del original italiano *Deti e fatti delle donne del deserto*

© Edizioni Qiqajon, 2018  
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2024  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2214-1  
Depósito legal: S. 258-2024  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

INTRODUCCIÓN .....	9
1. ¿Perdidas en la historia? .....	9
2. Las fuentes .....	12
3. Formas de vida monástica .....	21
1. Entre los muros de la casa .....	21
2. En el desierto .....	24
3. En la ciudad .....	29
4. Madres espirituales, biblistas, teólogas, diaconisas .....	31
1. Madres espirituales .....	32
2. Enamoradas de la Palabra de Dios .....	34
3. Teólogas .....	35
4. Diaconisas .....	37
5. ¿Y las demás? .....	42
6. Conclusión .....	43
<i>Nota editorial</i> .....	47

## EGIPTO

1. LA HERMANA DE ANTONIO. Encomendada a vírgenes fieles ..	51
2. MARÍA, HERMANA DE PACOMIO. Fue buena madre y buena anciana hasta su muerte .....	57
3. LA MONJA ENGREÍDA. Ve, trabaja, no tienes nada .....	61
4. LA MUJER QUE ACOGIÓ A ATANASIO. Una mujer valiente .....	65
5. TEODORA. De todo se obtiene una ganancia .....	69
6. SARA. Una mujer fuerte .....	83
7. SINCLÉTICA. Primero lágrimas y humo, luego una alegría inefable .....	91
8. TOMAIDA. Amma mía y vuestra .....	113

9. ANASTASIA. Que nadie sepa nunca nada sobre mí .....	117
10. LA MONJA DE HERMÓPOLIS. ¡Dios ama a este tipo de ebrias! .	125
11. ALEJANDRA. Me paseo con mis mente entre los santos .....	133
12. TALIS Y LAS DEMÁS. No necesita una cerradura .....	139

#### SIRIA

1. MARIANA Y CIRA. ¿Es una ascesis conforme al Evangelio?..	145
2. DOMNINA. Entre las lágrimas .....	151

#### PALESTINA

1. LA RECLUSA. Una ascesis orgullosa provoca nuestra caída .....	157
2. MELANIA LA MAYOR. Sierva de Cristo .....	159
3. PAULA. Enamorada de la Palabra de Dios .....	167
4. EUSTOQUIA. Espera la llegada del Esposo .....	179
5. MELANIA LA JOVEN. El amor no conoce medida .....	183

#### ASIA MENOR

1. MACRINA. La finalidad de su relato era dar gracias a Dios ...	193
2. OLIMPIA. En el desierto, en el corazón de la ciudad .....	203

#### OCCIDENTE

1. MARCELA. Una mujer teóloga .....	217
2. LEA. Parecía pobre y humilde .....	227
3. ASELA. Nada es más gozoso que su austeridad .....	231
4. BLESILA. Nunca es demasiado tarde para convertirse .....	237
5. FABIOLA. A quien más se le perdona, más ama .....	241
6. ESCOLÁSTICA. Pudo más quien más amó .....	247
7. CESÁREA LA JOVEN. No hay enseñanza mayor que la del Evangelio .....	255
<i>Referencias bibliográficas</i> .....	265

# INTRODUCCIÓN

## 1. ¿PERDIDAS EN LA HISTORIA?

Es difícil hablar de las mujeres hoy. A veces acabamos mencionando el «genio femenino», sin explicar qué se esconde tras esas palabras; buscamos afanosamente algo femenino concreto, una espiritualidad femenina, como si estuviese contrapuesta a la masculina.

Este tipo de generalizaciones se presta bien a las polémicas, como también la misoginia que se beneficia de vincular la experiencia de fe de las mujeres a un cierto repliegue en la sensibilidad, a algunos estereotipos, los más lisonjeros de los cuales son, además, los más insidiosos. En realidad, vivir y creer en femenino nos remite sobre todo a un espacio inmenso y aireado en el que resuenan muchas voces, cada una de las cuales tiene su tono particular, caracterizado por una nota personal que suele estar ausente del discurso masculino<sup>1</sup>.

Se olvida, y se ha olvidado con demasiada frecuencia, que es uno solo el Evangelio anunciado a todos, hombres y mujeres: «No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer» (Gal 3, 28), dice el apóstol Pablo.

Este tema complejo y delicado que tratamos de afrontar con todas las herramientas que la cultura contemporánea nos ofrece es todavía más difícil de abordar cuando hablamos de la figura de la mujer en épocas antiguas, muy lejanas de nosotros, y no solo cronológicamente. Se repite, y se ha repetido hasta el infinito, que en la antigüedad cristiana la mujer era áfona, carecía de voz, estaba privada de palabra, que los padres de la Iglesia son responsables de la misoginia que todavía perdura en la Iglesia católica. Se trata

1. Pelletier, *Una fede al femminile*, 67 (N. del ed.: las referencias completas de las citas se encuentran en la Bibliografía final).

de afirmaciones que, en gran medida, todas ellas son verdad, pero no son toda la verdad. A veces nos limitamos a fórmulas breves, excesivas, ideológicas. Sin duda, son mitos que hay que desmontar<sup>2</sup>, pero al mismo tiempo hemos de buscar en la historia lo que puede parecer aparentemente perdido. Hago mías las palabras de Lucetta Scaraffia: «Es de particular importancia que, precisamente en este momento, la Iglesia recupere el contacto con sus propios orígenes ‘feministas’»<sup>3</sup>.

Y estos orígenes feministas se encuentran en el Evangelio, pero también, a veces, en la literatura cristiana antigua. Desde hace décadas el feminismo o, mejor dicho, los feminismos se preguntan si la religión cristiana

es la principal responsable de la opresión de las mujeres o, por el contrario, ha representado, aunque de forma ambigua, uno de los pocos resquicios que se han ofrecido a algunas de ellas para acceder a la cultura, a la esfera pública y, en ocasiones, al poder<sup>4</sup>.

Junto a una respuesta polémica y acusatoria que juzga como antifeminista toda la tradición cristiana y se limita a denunciar la opresión de las mujeres<sup>5</sup>, hay quienes tratan de leer de nuevo los evangelios y la literatura patristica para encontrar y poner de manifiesto la presencia de figuras femeninas.

La finalidad de esta búsqueda es encontrar las palabras y los hechos de monjas (con una sola excepción)<sup>6</sup> que vivieron entre los siglos IV y VI en algunas regiones –Egipto, Palestina, Siria, Capadocia, Constantinopla y, en Occidente, Roma y la Galia– de las que más material disponemos.

2. Cf. Euvé, «Introduction».

3. Scaraffia, *Dall'ultimo banco. La chiesa, le done, il sinodo*, 97 (vers. cast.: *Desde el último banco*).

4. Scaraffia - Zarri (eds.), *Donne e fede*, VIII.

5. Hago mío el interrogante de Anne-Marie Pelletier: «¿Podemos de verdad pensar que limitarnos a manifestar una controvertida actitud de rechazo es la mejor forma de resistencia?» (Pelletier, *Una fede al femminile*, 55).

6. Me refiero a Tomaida, joven que murió asesinada por un monje enamorado de ella. Abba Daniel de Scetis, que narra su historia, la consideró *amma* por su trágica muerte y ordenó que la enterrasen junto a los monjes. Cf. *Historias de abba Daniel de Escete*, *infra*, 115-116.

A partir del siglo VI, el monacato femenino empezó a regirse por Reglas, como las de Cesáreo de Arlés y Aureliano en la Galia, la de Columbano, o la de Leandro en España, así como las diversas adaptaciones de reglas masculinas para monasterios femeninos, sin olvidar la creciente difusión de la Regla de Benito<sup>7</sup>.

Fueron épocas –al menos las estudiadas en esta recopilación– con escasos datos sobre mujeres, escasas palabras de mujeres y sobre mujeres. Pero algo hay. De manera que, en primer lugar, debemos ver y escuchar lo que existe<sup>8</sup>, y verlo y escucharlo con gran humildad. Los textos antiguos requieren una lectura atenta, no apresurada. Hay que contextualizarlos y liberarlos de los prejuicios de los que se han visto sobrecargados; se trata de historias que nacieron en una época determinada, en una zona geográfica concreta, dentro de unas culturas e ideologías determinadas. Pero, sobre todo, es necesario evitar leer estos textos a través de las lentes de la actualidad. Nuestra época tiene también sus propias ideologías, y nuestro momento actual es asimismo un momento de la historia, con su propia cultura, su propia visión del mundo, de la sociedad, del hombre y de la mujer; de ahí el riesgo de proyectar todo esto sobre el pasado, impidiendo la escucha y la comprensión de las palabras antiguas.

Textos escritos por monjas, y no solo porque la autora de esta recopilación sea monja y esté interesada en el monacato antiguo, sino también por el hecho de que la documentación relativa a las monjas del mundo antiguo es mucho más rica que la referente a otras mujeres. Resulta difícil encontrar fuentes escritas por mujeres o sobre mujeres, pero sí es posible encontrar fuentes monásticas que hablan de monjas<sup>9</sup>.

7. Sobre las reglas monásticas femeninas remito a Cremaschi (ed.), *Regole monastiche femminili*.

8. Escribe Anne-Marie Pelletier: «En las Escrituras, ‘ver’ es una cuestión espiritual: pensemos en todas las ocasiones en que se le recrimina a alguien que, pudiendo ver, no vea... y por tanto, ver a las mujeres, en la historia de la que formaron parte y que contribuyeron a construir, a pesar de todas las formas de segregación que sufrieron» (Pelletier, *Una fede al femminile*, 60s).

9. Utilizo este término en sentido amplio para referirme a todas las mujeres que vivieron su seguimiento del Señor en celibato, en oración asidua y en pobreza, sea cual sea la «forma» concreta de su vida.

Muchas de las fuentes antiguas están constituidas por diarios de viajes de hombres y mujeres que quisieron visitar a los monjes y monjas, y que refirieron luego sus palabras, a veces acompañadas de sus propias impresiones y opiniones. También en esta recopilación de textos se propone un viaje para «visitar» a las monjas de la Antigüedad y pedirles: «Amma, ¡dime una palabra!»<sup>10</sup>. ¿Perdidas en la historia? ¡Vamos a buscarlas!

## 2. LAS FUENTES

La historia del monacato femenino ha dejado muchas menos huellas que el masculino. Con frecuencia, las fuentes a las que podemos acudir son de hombres que hablan de las monjas. ¿De qué fuentes se trata?

Ante todo, de relatos de viajes. En los centros monásticos egipcios se recibía con frecuencia a visitantes ocasionales, laicos o monjes que acudían a un abba (o a una amma) para pedir un consejo o una oración; el Egipto monástico se convirtió enseguida en meta de peregrinación de hombres y mujeres procedentes de diferentes regiones. Entre estos relatos recordamos los de Evagrio (ca. 346-399), originario de Asia Menor, el intelectual del desierto que en sus obras trata de resumir las enseñanzas que recibió del abba con el que se encontró. O el relato de Juan Casiano (ca. 360-435), de origen provenzal, quien, tras haber abrazado la vida monástica en Belén, recorrió durante quince años el Bajo Egipto y posteriormente registró en sus obras, dedicadas a los monjes de la Provenza, todo lo que había aprendido, adaptándolo a la mentalidad occidental. También contamos con la *Historia de los monjes de Egipto*, descripción de un viaje que algunos monjes de Palestina hicieron a Egipto durante el invierno, entre los años 394 y 395. El relato de viajes que más

10. *Amma* significa «madre» y en el ámbito monástico designa a la «madre espiritual»; en masculino *abba* designa al «padre espiritual». La expresión «Amma, dime una palabra», se repite muchas veces en los dichos de los padres del desierto; el discípulo o el huésped pide a un abba o a una amma, que se considera que ya ha alcanzado la madurez espiritual (un anciano o anciana, pero no por edad, sino por madurez espiritual), una palabra que le sirva de ayuda en su camino humano y espiritual.



espacio concede a las figuras femeninas es *La historia lausiaca*, de Paladio, escrita probablemente entre el 419 y el 420, y que tituló así porque la dedicó a Lauso, chambelán del emperador<sup>11</sup>. Paladio rememora, años más tarde, su peregrinación entre los monjes de Egipto y en Palestina, recurriendo tanto a sus recuerdos personales como a narraciones más o menos legendarias que circulaban en su época. La finalidad de su escrito es despertar a su interlocutor del «sopor»<sup>12</sup> espiritual. En su obra describe dos comunidades monásticas masculinas y dos femeninas, y presenta cincuenta y un retratos de hombres y veinte de mujeres. Es, quizá, el autor que mayor información sobre las monjas nos ofrece<sup>13</sup>.

Hay que mentar también en este libro algunas mujeres varoniles a quienes Dios otorgó para la lucha idénticas gracias que a los hombres. Así nadie podrá pretextar que ellas son demasiado débiles para la práctica perfecta de la virtud. Vi muchas y tuve oportunidad de visitar a no pocas doncellas y viudas distinguidas, de mérito excepcional<sup>14</sup>.

Por lo que respecta a Siria en aquella época, el que nos informa es Teodoreto (393-466)<sup>15</sup>. Él mismo pasó casi diez años en un monasterio antes de ser nombrado obispo de Ciro en el 423 y,

11. Paladio (ca. 363-432), diácono de Constantinopla, se hizo monje hacia el 386 y vivió varios años en Palestina; se fue a Egipto y, después de algún tiempo en Alejandría y alrededores, marchó al centro monástico de Nitria, y posteriormente al más solitario de Cellia, donde vivió nueve años. Poco después enfermó y dejó el desierto de Egipto para encaminarse a Palestina; en el año 400 es elegido obispo de Helenópolis, en Bitinia; fue arrestado y desterrado por haber prestado su apoyo a Juan Crisóstomo. Cuando finalizó la persecución de los amigos del Crisóstomo regresó a su país de origen, Galacia, y se convirtió en obispo de Aspuna. *La historia lausiaca* pertenece a este último periodo de su vida. Escribió también el *Diálogo sobre la vida de Juan Crisóstomo*, obra apologética en favor de su amigo.

12. Paladio, *Historia lausiaca*, prólogo, 3, p. 26 (N. del ed.: en las obras antiguas citaremos el número de página según las ediciones recogidas en la bibliografía final).

13. Cf. Fisher, *Women and Gender in Palladius' Lausiaca History*, 23-50.

14. Paladio, *Historia lausiaca* 41, p. 153.

15. Tras varios años de vida monástica, Teodoreto (393 - ca. 466) fue elegido obispo de Ciro, cerca de Antioquía, su ciudad natal. En el momento de la controversia entre la escuela teológica antioquena y la alejandrina, se

después de su ordenación episcopal, siguió manteniendo intensas y frecuentes relaciones con los monjes de su diócesis. Destituido y condenado al exilio desde el Concilio de Éfeso del año 449, se refugió entre los monjes. En el año 444 comenzó a redactar la *Historia de los monjes de Siria*<sup>16</sup>. Esbozó un breve retrato de treinta figuras monásticas y, en los dos últimos capítulos, describe la vida de tres monjas. Declara haber sido testigo y haber escuchado de otros lo que no pudo ver con sus propios ojos<sup>17</sup>.

Ya que el tiempo acarrea la ruina al cuerpo aportándole la vejez y la muerte, y, de una manera similar, a las bellas gestas suscitando el olvido y debilitando la memoria, no creo que se me reproche que me entregue a escribir la vida de hombres amigos de Dios. Y así como quienes son expertos en cuidar de los cuerpos preparan medicinas para combatir la enfermedad y ayudar a los enfermos, del mismo modo, la fatiga de narrar estas historias es como una medicina salvable, enemiga del olvido y aliada de la memoria<sup>18</sup>.

Un segundo tipo de fuentes procede de las biografías. La *Vida de Antonio* nos informa de su hermana, que, confiada cuando aún era una niña al cuidado de mujeres vírgenes, una vez alcanzada la edad adulta «guiaba a otras vírgenes»<sup>19</sup>. En la biografía de Pacomio<sup>20</sup> se da testimonio de la primera fundación cenobítica femenina, a cargo de María, hermana suya.

posicionó de parte de Nestorio contra Cirilo, obispo de Alejandría. Destituido de su sede episcopal en el año 449, no pudo regresar a ella más que durante el Concilio de Calcedonia (451), cuando aceptó suscribir la condena de Nestorio. Sobre la relación de Teodoreto con el monacato, cf. Canivet, *Le monachisme syrien selon Théodoret de Cyr*.

16. En realidad, Teodoreto tituló su obra sobre los monjes *Historia filotea* (compuesto de *philos* y *Theos*: «que ama a Dios»), tanto en el prólogo de esta obra como en la *Historia eclesiástica*; tan solo una vez en esta última habla de la *Historia de los monjes*.

17. Cf. Teodoreto de Ciro, *Historia de los monjes de Siria*, prólogo 11, p. 35s.

18. *Ibid.*, prólogo 2, p. 31.

19. Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio* 54, 8, p. 89.

20. Cf. *Primera vida griega de Pacomio* 32, p. 103; *Vida de Pacomio*, versión bohairica 27, p. 27s, *infra*, 59-60. También se alude a este monasterio en la *Primera vida griega de Pacomio* 37, p. 244; el otro monasterio femenino que fundó Pacomio en Tismene se menciona en *ibid.* 134, p. 556s, y en Paladio, *La historia lausiaca* 33-34, p. 126-129. Teodoro, sucesor de Pacomio en

Tenemos también las biografías de mujeres, que en su mayoría consisten en discursos hagiográficos escritos por hombres. Se trata, pues, de una palabra masculina sobre las mujeres. Son muy raros los casos en que esta habla y escribe sobre sí misma o cuenta en primera persona lo que ha visto. El diario escrito por Perpetua en prisión –unas pocas páginas recogidas dentro de la *Pasión de Perpetua y Felicidad*<sup>21</sup>–, el relato del viaje de Egeria a Tierra Santa<sup>22</sup> y los dichos de las tres madres del desierto reunidos en esta obra<sup>23</sup> son una excepción. Se podría añadir una carta que Paula y su hija Eustoquia dirigen a Marcela para invitarla a reunirse con ellas en Tierra Santa<sup>24</sup>, algunos dichos y una carta de Cesárea la Joven<sup>25</sup>.

La primera biografía<sup>26</sup> de una monja, la de Macrina, fue escrita por su hermano, Gregorio de Nisa, que se sentía en el deber de justificarse por hablar de una mujer:

Una mujer era el objeto de nuestro relato, si se le puede llamar mujer, pues no sé si es conveniente designar con una cualidad perteneciente a la naturaleza a quien llegó a estar sobre la misma naturaleza<sup>27</sup>.

La *Vida de Sinclética*<sup>28</sup>, escrita probablemente en el siglo V, fue redactada a semejanza de la *Vida de Antonio*, de Atanasio, para tratar de ofrecer al monacato femenino un modelo paralelo al que representó Antonio para los monjes.

la dirección de la comunidad, fundó otro monasterio (cf. *Primera vida griega de Pacomio* 134).

21. Cf. Bastiaensen (ed.), «Passione di Perpetua e Felicità»; el diario de Perpetua está recogido en los capítulos II-X (versión cast.: *Pasión de las santas Perpetua y Felicidad*).

22. *Mujeres viajeras de la Antigüedad. Los relatos de Egeria y otras peregrinas en Tierra Santa*; Castillo (ed.), *El itinerario de Egeria*.

23. Cf. *infra*, 69-111.

24. Esta carta está recogida en el epistolario de Jerónimo y probablemente sea obra suya. Cf. Jerónimo, *Carta* 46, en *Cartas de san Jerónimo* I, 374-391.

25. Cf. *infra*, 255-264.

26. En el año 370 Gregorio de Nacianzo había escrito el *Discurso a su hermana Gorgonia*, primera hagiografía femenina que canta las alabanzas de una mujer casada y con hijos (cf. Gregorio Nacianceno, *Discursos* I-XV).

27. Gregorio de Nisa, *Vida de Macrina* I, 1, p. 44.

28. Cf. Cremaschi (ed.), *Donne di comunione*, 79-146. Es difícil determinar si la *Vida de Sinclética* fue compuesta a partir de los apotegmas conservados

No hay en occidente textos que puedan compararse con *La historia lausiaca* o con otros relatos de viajes por el desierto egipcio; existen biografías breves, pero limitadas a figuras de mujeres de la aristocracia. Las cartas de Jerónimo nos proporcionan una valiosa información sobre algunas aristócratas romanas que adoptaron un modo de vida monástico. En forma epistolar, escribe la biografía de algunas de estas mujeres: es el caso de Marcela, Asela, Lea, Paula, Blesila, Fabiola y otras. Pero también él debe defenderse cuando lo acusan de escribir a mujeres y sobre mujeres:

Hija mía en Cristo, Principia, sé que muchos me reprochan el que con frecuencia escriba a mujeres y prefiera el sexo débil a los varones. Por eso debo primero responder a mis detractores, y después pasaré al pequeño tratado que me has pedido. Si los varones me preguntaran sobre las Escrituras, no escribiría yo a mujeres<sup>29</sup>.

La cuestión queda resuelta, pues, con un apunte sarcástico sobre los hombres. Un poco más adelante, en esa misma carta, al final de una breve presentación de algunas figuras femeninas de la Biblia, Jerónimo escribe:

Todo esto, hija venerable, lo he resumido brevemente para que no te avergüences de tu sexo y para que tampoco a los varones envanezca su nombre, pues para escarnio de ellos alaban las Escrituras santas la vida de las mujeres<sup>30</sup>.

Otra biografía de una mujer occidental es la de Melania la Joven, sobrina de Melania la Mayor, escrita por Geroncio<sup>31</sup>.

Una tercera fuente son los *Dichos de los padres del desierto*. Se trata de una literatura particular. Los dichos nacen como palabras pronunciadas por un abba o un amma, es decir, por un padre o una

tanto en la colección alfabética bajo su nombre como en otras colecciones o sí, por el contrario, los dichos que se atribuyen a ella fueron extrapolados en la *Vida*. Sobre esta cuestión, cf. Farragiana di Sarzana, «*Apophthegmata Patrum*»; Harmless, *Desert Christians*, 442; Wipszycka, *Moines et communautés monastiques en Égypte*, 598.

29. Jerónimo, *Carta* 65, 1, p. 646.

30. *Ibid.* 2, p. 649.

31. Cf. Geroncio, *Vida de Melania*, en *Mujeres viajeras de la Antigüedad*, 215-236; y en Cremaschi (ed.), *Donne di comunione*, 231-304.

madre espirituales. Estas palabras se pronuncian en un contexto concreto; constituían «el don» de un padre o de una madre a un discípulo, a un huésped, a otro monje o monja que solicitaba consejo para su propio camino existencial y espiritual. A veces eran palabras que se expresaban por medio de un gesto, una mímica. Profundamente anclados a la realidad, a un momento determinado y a un lugar concreto, los dichos no ofrecen reglas universalmente válidas para todos. Por tanto, no debe sorprendernos si encontramos dichos que entran en contradicción unos con otros: aunque se ofrezca una respuesta a un discípulo o a un huésped, puede que a otro que acuda con el mismo problema se le dé una respuesta diferente, adecuada a su itinerario espiritual. Estas valiosas palabras se transmitieron oralmente durante mucho tiempo; los discípulos, convertidos luego ellos también en ancianos, transmitían las enseñanzas que habían recibido de sus padres. Se conformaron así pequeñas colecciones de dichos que comenzaron a circular en los diferentes centros monásticos egipcios. Probablemente fue en Palestina, donde convivieron monjes de diferentes nacionalidades, el lugar en el que se observó cómo una etapa de la vida monástica ya había finalizado: repetidas incursiones de tribus de beduinos devastaron las celdas y mataron a los monjes<sup>32</sup>, y una profunda decadencia moral y espiritual y el lamentable conflicto origenista<sup>33</sup> provocaron la dispersión de los padres del desierto egipcio. Algunos se instalaron en el delta del Nilo, otros en la península del Sinaí, y otros se quedaron en la propia Palestina. Y durante estos difíciles años trataron de mantener vivo el recuerdo de los grandes padres del pasado, conservar sus palabras y transformarlas en un texto escrito. Las dos grandes colecciones de dichos, la alfabético-anónima y la sistemática, fueron recogidas en Palestina entre finales del siglo V

32. Las tribus de los maxíes asolaron repetidamente el centro monástico de Escete (en los años 407-408 y 434-444).

33. El sínodo de Alejandría del año 400 condenó a todos los que se inspiraban en la teología y en la espiritualidad de Orígenes († 253), considerados no ortodoxos; una multitud de monjes fanáticos, instigados por Teófilo, patriarca de Alejandría (385-412), invadió Nitria, prendió fuego a las celdas de los monjes y obligó a huir a los supervivientes. Más de trescientos monjes se refugiaron en Palestina, y desde aquí la mayoría continuaron hasta Constantinopla, donde solicitaron la protección de Juan Crisóstomo.

y principios del VI<sup>34</sup>. Dentro de estas recopilaciones encontramos algunas figuras femeninas. En la colección alfabética<sup>35</sup> han llegado hasta nosotros los dichos de tres madres del desierto: amma Teodora, amma Sara y amma Sinclética. Acerca de estas madres del desierto, Ewa Wipszycka escribe:

La naturaleza estereotipada de los apotegmas atribuidos a las mujeres y el hecho de que estas «madres del desierto» no posean rasgos personales concretos puede hacer sospechar que nunca existieron. Pero me niego a aceptar esta sospecha; sería difícil explicar por qué los autores o redactores del corpus de apotegmas sintieron la necesidad de inventar estas «madres del desierto» y atribuirles apotegmas, «dichos»: porque no conocían todavía el principio de la *political correctness*. Considero que conviene más admitir que estas «madres» sí existieron realmente y que se las conocía por su espíritu religioso, pero que la imagen que había quedado de ellas unos siglos más tarde era demasiado confusa y los redactores del corpus de apotegmas relativos a estas mujeres ascetas no pudieron rebasar los límites de lo banal. En conclusión: tanto los apotegmas femeninos como la *Vida de Sinclética* nos defraudan. Es inútil esperar escuchar, a través de estos textos, la voz de las religiosas. Todo lo que encontramos en ellos pertenece a los temas tratados en todo el corpus de los *apophthegmata*<sup>36</sup>.

Comparto, con cierta reserva, estas afirmaciones. Yo también soy de la opinión de que estas madres existieron de verdad, pero sus palabras no me parecen banales y tampoco me parece banal que hayan sido recogidas en una colección de dichos de padres del desierto casi exclusivamente «masculinos» (en la colección alfabética se recogen los dichos de tres mujeres, frente a los de cuatrocientos treinta hombres).

34. Cf. Regnault, *Les pères du désert à travers leurs apophthegmes*, 73-83. Sobre el origen de los dichos puede verse Guy (ed.), *Les apophthegmes des pères. Collection systématique I*, 18-35; d' Ayala Valva (ed.), *Detti. Collezione sistematica*, 5-16.

35. El orden alfabético en realidad no se respetó rigurosamente: la colección comienza con Antonio, que, si se respetara el orden alfabético, debería seguir a abba Abrahán, Alonio, etc. Las tres madres del desierto figuran siempre al final de la letra inicial de su hombre: a fin de cuentas, ¿no son más que mujeres!

36. Wipszycka, *Moines et communautés monastiques en Égypte*, 601.